



## Domingo XV del TO Ciclo B

14 de julio de 2024

Am 7, 12-15

Sal 84

Ef 1, 3-14

Mc 6, 7-13

P. Eduardo Suanzes, msp

La misión (de Jesús y de sus discípulos) está llena de riesgos. Es el realismo evangélico. Seguir el camino de Jesús es seguir el camino del amor «arriesgado», de la entrega de la propia vida. El propio Jesús no hizo un camino fácil y de triunfo, sino lleno de escollos, y lo culminó en una cruz. Es lo mismo que ya se decía en el pasaje de las pruebas en el desierto. Así también los discípulos deben tener esto en cuenta. Habrán de caminar desprovistos de poder, de defensa, de medios, renunciando al rango o la consideración social, pasando dificultades e incomprensiones, como se narra en el Evangelio de hoy.

Lo que Jesús vivió concretamente nadie lo puede vivir en su lugar; él nos enseñó el cómo hacerlo, viviendo desde el Amor la vida difícil que le tocó vivir. Y desde esa su «autoridad» (su experiencia vital consecuente), invita a que cada uno viva su vida difícil no desde el yo egoico y temeroso, sino desde el Amor que cada persona es, para que cada persona fluya en la Vida que es y ayude a que la Vida fluya a su alrededor desde el Amor dado, desde el servicio, desde el «pescar» a quien se esté ahogando.

Todo eso le cuesta mucho al ego (de ahí que se nombre a todo eso como carga o como «cruz», la renuncia al «yo» en el evangelio se llama cruz), pero es posible hacerlo-vivirlo.

Así se indica hoy en el Evangelio, en el envío de los discípulos para la misión: «*los envió de dos en dos con autoridad sobre los espíritus inmundos*», es decir, con capacidad para superar lo que «tira por tierra» al ser humano (eso es «*los espíritus inmundos*»), porque el Amor que cada persona es, ese Amor que es Dios y es cada uno de sus hijos e hijas, es más fuerte que la adversidad a la que se enfrentan las formas de la vida, incluida la adversidad de la propia muerte del yo biológico. Y porque ese camino se puede hacer en compañía, en apoyo mutuo («*de dos en dos*»), y no es imposible de hacer, pues el yugo o la carga que implica la vivencia del amor son llevaderos, ligeros<sup>1</sup>.

Esta es la buena noticia por la que merece la pena «perder» la vida, entendido como perder el no dar importancia a los aspectos materiales y pasajeros a los que erróneamente el ego identifica con la Vida. Aspectos que pueden ser importantes para la pervivencia de la forma de vida, pero que «no son» «la Vida». Quizás un dramático error en el género humano es este confundir lo que es «la Vida» con las formas o aspectos meramente externos en que «la Vida» se manifiesta.

Jesús, al enviarlos sin nada, enseña que el apetecible camino de triunfo, en apariencia exitoso, implica, no obstante, un fracaso vital, una pérdida irreparable: el «malograr la propia vida». La Vida que cada persona es no depende ni habita en el exterior de la persona, sino en su ser, en su interior: «*les mandó que no llevaran nada*». Porque vaciarse de «ser»

---

<sup>1</sup> Mt 11, 30

para conseguir llenarse de «tener» no puede ser un camino de realización ni de sentido a la existencia. Ese llenarse de «tener» implica la anulación del «ser», la pérdida de quien es realmente cada persona. El amor que se lleva, que somos, basta por sí solo para sanar-liberar, en definitiva, para amar.

La actitud básica del discípulo enviado es la de la renuncia personal al rango, al honor: solo es un enviado del Evangelio, de la Buena Noticia, por lo que su vida ha de ser Buena Noticia.

El amor al prójimo, entendido este como cualquiera (los cercanos, los extraños e incluso los enemigos) implica una clara actitud-acción dirigida a otras personas. Es una disposición para considerar valiosamente a los otros y actuar amorosamente hacia ellos sin esperar contraprestación. Tal acción parte, en Jesús, de la consideración de que todo ser humano es «hijo de Dios» y, por ello, no es alguien «extraño», sino alguien que participa del mismo ser en Dios que uno mismo («hermanos»).

Pero la vivencia del amor como donación nutritiva o desprendimiento generoso hacia el prójimo, sea este quien sea, quizás no puede ser vivida sin otra disposición fundamental que está fuertemente presente en las enseñanzas y en la vida de Jesús: la renuncia al rango, al estatus, a la posición que se ocupa dentro de las relaciones personales y sociales. Por eso no llevan nada para el camino, sino solo un bastón, sandalias y una túnica. En enviado es el que ha renunciado a toda pretensión de ser considerado en algo.

La historia nos muestra cómo personas que no han tenido nada, que ni siquiera han sido «libres» en el sentido material del término (porque han sido encarceladas o se han visto paralizadas en situaciones de gran postración), sin embargo, han sido personas en el sentido auténtico del término, han tenido una vida «plena» desde el punto de vista de la grandeza humana. No han necesitado cosas, ni riquezas, ni poder ni situaciones de rango dominante para poder «ser». Jesús fue una de esas personas que sin «tener» alcanzaron la cúspide del «ser», y como él, otras personas en distintas épocas y ámbitos.

La cuestión radica en aceptar eso, en asumir la renuncia a encadenarse a las cosas, u optar por otro camino más complaciente y seguramente menos esforzado que me vincula a las cosas y al rango dominante. La cuestión estriba en la capacidad que se tenga para renegar de las pretensiones de satisfacción y dominio del ego, y para estar dispuestos a hacer un camino, un tránsito sin esos «éxitos», sin esas «pertenencias» o complacencias.

Se trata, pues, también de hacerse a los otros, integrarse con los otros: «*cuando entren en una casa, quédense en ella*». La buena noticia se comunica desde la integración, desde la solidaridad, desde la comunión, jamás desde la superioridad. Además, debe hacerse desde la tolerancia, pues no se trata de echar maldiciones a quien no acepte el mensaje ni profetizar amenazas eternas: «*cuando nos los reciban...sacúdanse polvo de los pies*», es decir, hay que dejarlos con su polvo, con su decisión, sin vaticinar castigos justicieros.

Una vez más se trata de elegir entre el camino de la autosatisfacción o el de «cargar con su cruz», seguir el camino desprendido de Jesús, como Jesús<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Reflexiones tomadas de aquí y de allá de SIXTO IRAGUI, *El Jesús histórico*